



1901 Nace en San Juan de Puerto Rico, Pablo de la Torriente Brau, conocido como el mayor cronista de su época. Murió combatiendo en Majadahonda, España, el 19 de diciembre de 1936, durante la heroica defensa de Madrid.



El ojo del amo engorda la vaca

Una iniciativa dirigida a lograr la presencia permanente del administrador en las vaquerías, ha propiciado la reducción de la mortalidad de terneros y el hurto de ganado



Anteriormente, la jornada laboral concluía después del ordeño y a partir de ese momento las vaquerías quedaban abandonadas, comenta Seleni. FOTO DEL AUTOR

RONALD SUÁREZ RIVAS

Aunque el carné de identidad señala su dirección en otra parte, hace mucho que vive aquí. Por eso Miguel Ángel González le llama “mi casa” mientras señala el techo recién colocado, las puertas y las ventanas nuevas de la vivienda que ha sido su hogar durante los últimos 10 años, en la vaquería 116 de la Empresa Pecuaria Genética Camilo Cienfuegos.

Con ella asciende a 14 el número de este tipo de instalaciones a las que se les ha cambiado en parte o totalmente la antigua cubierta de zinc por una de placa, a fin de que puedan resistir sin problemas el embate de un huracán.

De esa manera se consolida una valiosa iniciativa surgida en la entidad hace alrededor de dos décadas, con el propósito de lograr una mejor atención al ganado y proteger los recursos ubicados en las unidades: las casas del vaquero.

Cuentan que antes de su creación, la jornada laboral concluía después del ordeño, y a partir de ese momento las vaquerías quedaban abandonadas.

Si alguien intentaba sustraer un animal o algún producto del almacén, o si a una res se le complicaba el parto, no se sabía, por lo menos, hasta el día siguiente.

MÁS CONTROL Y MENOS MUERTES

Ante esa situación, a inicios de los años 90 y aprovechando parte de las naves existentes, se llevó a cabo en todas las unidades la construcción de una vivienda dotada de sala, baño, cocina y dos habitaciones, con el propósito de garantizar en ellas la presencia permanente de alguno de los trabajadores (generalmente el administrador).

“La idea ha sido muy fructífera. Desde el portal de la casa puedo controlarlo todo”, explica Seleni Lemus, una mujer que hace seis años cerró su hogar en el entronque de Herradura y se mudó con su familia a la vaquería 126, donde es la administradora. Gracias a esta experiencia, ha crecido

el sentido de pertenencia de nuestros trabajadores, al tiempo que han mejorado significativamente todos los indicadores, asegura Luis Fernández, director adjunto de la Empresa Camilo Cienfuegos.

“El hurto de ganado, por ejemplo, reporta niveles muy bajos (en el 2010 fue cero), a pesar de abarcar una superficie de 14 mil hectáreas, con una masa cercana a los 20 mil animales.”

“Las vacas con frecuencia paren por la noche, y si son primerizas muchas veces hay que sacarles el ternero. Yo he tenido que hacer partos en la medianoche o avanzada la

madrugada. Por tanto, si no viviera aquí con mi familia, muchas de esas crías que nacieron saludables, podrían haber muerto”, coincide Omar García, el administrador de la vaquería 119.

Por otra parte, la experiencia ha ayudado a controlar insumos y a preservar los equipos de ordeño mecánico y de almacenamiento de la leche. “Aquí nunca se ha perdido un animal, ni ningún otro recurso”, afirma Miguel Ángel, administrador de la 116, una unidad que promedia siete litros por vaca, y donde solo se reporta la muerte de una res en los últimos tres años.

DECISIVAS EN LA PRODUCCIÓN

La casa del vaquero ha sido, además, una pieza clave en la recuperación de la producción tras el azote de huracanes. Así quedó demostrado con el paso de Gustav y Ike, en el 2008.

“En cuanto aflojaron los vientos, recogimos el ganado, que había sido ubicado en los potreros más altos, montamos los equipos, y con el agua a los tobillos, empezamos a ordeñar. No dejamos de entregar leche ni un solo día”, rememora Omar.

Por ello, en medio de un panorama desolador, con la totalidad de su infraestructura (más de 100 edificaciones) sin techo, la dirección de la empresa decidió dar prioridad a la reconstrucción de las 37 casas del vaquero, junto a los cepos de inseminación y los almacenes.

En ellas fueron empleadas las pocas planchas de zinc que el viento dejó. Sin embargo, quedaba clara la necesidad de ir sustituyendo cubiertas ligeras por techos sólidos, según lo permitieran las posibilidades.

Así se inició el programa, con el cual se beneficia ya a una buena parte de los trabajadores que han aceptado dejar sus casas en distintos poblados, y mudarse a las vaquerías, para dar protección al ganado y los recursos, haciendo valer en toda su magnitud la máxima de que “el ojo del amo engorda al caballo”, o en este caso, la vaca.

Pasión familiar por el magisterio

FREDDY PÉREZ CABRERA

Cuando Maribí Rivero Camacho, alumna del Instituto Preuniversitario Vocacional de Ciencias Exactas Comandante Ernesto Che Guevara, de Santa Clara, solicitó su incorporación a la Universidad Pedagógica Félix Varela con el fin de estudiar una carrera de perfil pedagógico, sorprendió a muchos. Y es que usualmente, quienes alcanzan promedio de 100 puntos como el suyo, optan por otra especialidad.

Mas, ella continuó imperturbable en sus propósitos. Seré maestra, como mis padres, se dijo a sí misma. Pensaba que de esa manera sería más fiel a sus sueños, aquellos que la llevaron a preferir desde pequeña la tiza y el pizarrón como juguetes.

“Imagínese, me he criado entre educadores. Mis padres Wilfredo y Maribel llevan casi 40 años ejerciendo el oficio como profesores de Física. De modo que tener un buen libro en mis manos, oír hablar de las leyes de Newton o de los encantos de esa noble labor ha sido algo muy cotidiano en mi vida”, expresa Maribí.

Transcurridos tres años de aquella decisión, hoy la joven cursa con excelentes resultados el tercer año de la carrera de Licenciatura en Educación, en la especialidad de Matemática Física en la mencionada universidad villaclareña, en la que acentúa su vocación por el magisterio.

Por los méritos alcanzados ya resultó seleccionada como alumna ayudante, y espera impaciente el día en que pueda enfrentarse a un grupo de alumnos para demostrar todo lo aprendido de sus progenitores, así como de las maestras Lucía e Isabel, quienes también contribuyeron a sembrar en ella la semilla de educadora.

“Muchas veces he pensado cómo será mi primera clase, si estaré muy nerviosa o serena, y si lograré motivar a mis alumnos. Mas, siempre me digo, eso no importa, la maestría vendrá con el tiempo. Lo cierto es que ese será el día más feliz de mi vida.”

DE TALES MAESTROS...

Decir Wilfredo Rivero en la Vocacional Ernesto Che Guevara es reconocer a uno

de los mejores profesores que han pisado esa ciudad escolar en sus más de 30 años de existencia. En él se resumen las características que debe reunir un buen educador: sólidos conocimientos y una maestría pedagógica y educativa de excelencia.

Sus alumnos lo quieren y respetan, en primer lugar por lo que sabe, y en segundo, porque pueden contar con él en cualquier circunstancia, ya sea para evacuar una duda relacionada con la Física o de la vida personal.

Joaquín González, quien durante más de 20 años ha compartido labor con Wilfredo, explica que a pesar de impartir una asignatura tan compleja como la Física los alumnos lo adoran, porque utiliza vías y métodos amenos, como narrar historias relacionadas con la trayectoria de renombrados científicos, o explicar las leyes del magnetismo o de la mecánica de manera práctica, de modo que los estudiantes vean su utilidad en la vida diaria.

Sobre el particular, el recio educador reconoce que no existen secretos. La consideración se gana a partir de la preparación del profesor y de su comportamiento ético frente a los educandos. Algunos piensan que por hablar más alto inspiran mayor respeto, y están en un error. Para ser maestro hay que ser, como dijera José de la Luz y Caballero, un evangelio vivo, un propósito que trato de alcanzar en cada clase y en todo momento de la labor educativa, explica Rivero.

Y como él, es también Maribel Camacho, su compañera en la vida y en la profesión, a quien conoció cuando era jefe de cátedra del prestigioso centro. Ella, recién llegaba al IPVCE, y de inmediato se atrajeron.

“Aquel joven tan dispuesto e inteligente me cautivó enseguida”, reconoce la profesora, quien expresa que si volviera a nacer escogería igual profesión, esa que tantas satisfacciones le ha brindado.

“Usted no sabe la dicha que uno siente cuando voy por la calle y me llaman ‘profe’, o llego a un hospital, una universidad o a cualquier centro y algún joven me dice: ‘usted fue mi profesora’. Eso no tiene precio”.



Wilfredo, Maribel y Maribí, una familia dedicada íntegramente al noble ejercicio del magisterio. FOTO DEL AUTOR